

á su hijo Sancho rebelarse contra él, lo que le redujo á la desgrazable necesidad de aliarse con los moros contra sus súbditos rebeldes y su propia sangre. No era esta la primera alianza que los cristianos habian formado con los moros contra otros cristianos; pero era una de las mas escusables.

Alfonso llamó en su auxilio al emir Almoumenin, que inmediatamente pasó el mar, y los dos monarcas se encontraron en Zara en los confines de Granada. La conducta y alocucion del príncipe moro en esta vez, merece recordarse. Dió á Alfonso el lugar preferente en su entrevista, y le dijo: "Te trato así porque eres desgraciado, y entro en alianza contigo para defender la causa de todos los reyes y de todos los padres." Los aliados no tuvieron todos los triunfos que esperaban; mas el partido de los rebeldes tuvo pérdidas y deserciones de personajes considerables, y el pontífice medió empeñosamente en favor de D. Alfonso, lo que le proporcionó superioridad sobre su hijo; mas el anciano rey murió antes de tener tiempo para recoger los frutos de sus ventajas: el emir se vió obligado á volver á África, y el desnaturalizado Sancho ciñó la corona en perjuicio de los hijos de un matrimonio anterior. Reinó felizmente, aunque siempre en revolucion sus súbditos, á quienes fué necesario contener de un modo cruel muchas veces. En la guerra con los moros fué feliz: tomó á Tarifa; y estando sitiada esta, después ocurrió el memorable hecho de Guzman: era el gobernador de la plaza, y su hijo habia caído en poder de los sitiadores, que amenazaron á Guzman con que le matarían si no entregaba la fortaleza; se cuenta que Guzman arrojó desde el muro su espada, no rindió la plaza, y su hijo fué muerto. Murió Sancho á los once años de haber subido al trono, y su hijo Fernando IV tuvo tambien algunas victorias contra los moros, de quienes tomó la fortaleza de Gibraltar: su reino fué turbado por continuas discordias civiles.

Este Fernando fué llamado por los historiadores españoles el Emplazado, con relacion al tiempo de su muerte. Se cuenta que habiendo condenado á muerte á los hermanos, y agotados los recursos de estos para defenderse, al tiempo de irlos á ejecutar, protestaron públicamente su inocencia, y emplazaron al rey á comparecer dentro de un mes ante el tribunal de Dios; y que estando el monarca en plena salud, al mes completo se le encontró muerto en su cama.

Sucedió á Fernando su hijo D. Alfonso, que apenas tenia un año: en su menor edad hubo discordias civiles por la regencia, y después de muchos males para el reino, la obtuvieron dos hijos del príncipe, habiéndola renunciado su abue-

la Doña Maria. Empezaron el sitio de Granada, con éxito desgraciado, pues fué derrotado el ejército cristiano y muertos los dos regentes: esto dió lugar á nuevas turbulencias, en que el gobierno quedó por la reina Doña Maria, abuela del rey; pero habiendo muerto ésta á los tres años, siguieron las discordias, que solo terminaron por la mayoría del príncipe, que se declaró á los quince años de su edad. Después de algunas guerras felices con príncipes cristianos, se vió precisado á combatir á los moros, habiéndose confederado con aquellos.

Abomelic, hijo del rey de Marruecos, habia desembarcado en España con un poderoso ejército: fué derrotado y muerto el mismo príncipe por Alfonso. El rey de Marruecos juró vengar la muerte de su hijo, y al frente de un ejército, se dice que de 500.000 hombres, desembarcó en Andalucía: Alfonso marchó á combatirle, auxiliado por el rey de Portugal, por las Ordenes militares y muchos voluntarios: el ejército cristiano constaba por todo de 400.000 hombres: los ejércitos se encontraron, y la victoria quedó por los cristianos: los españoles dicen, que murieron 200.000 infieles, y 20 hombres cristianos: los resultados de la victoria fueron importantes: el reembarco de los restos del ejército vencido; la toma de muchas plazas importantes, y la sujecion del rey de Granada á pagar el tributo, que habia negado por espacio de muchos años. Entre las plazas que Alfonso sitió y tomó, es memorable Algeciras, así por su larga resistencia y obstinada defensa, que duró veinte meses, y necesitó para ceder que el rey de Castilla apurase sus esfuerzos y los auxilios que se le presentaron por cristianos aun extranjeros, como porque se dice que en él los moros usaron ya pólvora y cañones, y que su explosion y su efecto, consternaron mucho á los cristianos: un ejército africano vino á socorrer á Algeciras; mas Alfonso salió á su encuentro y le derrotó, y los sitiados reducidos á la última estreñidad, entregaron la plaza por capitulacion.

Por el mismo tiempo una escuadra castellana derrotó á los moros en la mar, y Alfonso, queriendo tomar una de las plazas mas importantes, como puerta de comunicacion para los moros, que era Gibraltar, le puso sitio: la peste se introdujo en el ejército cristiano, y causó en él grandes pérdidas. Aconsejaban al rey que se retirase; pero no quiso hacerlo, y al fin herido del contagio, murió al pié de las murallas de Gibraltar á los 38 años de edad: levantóse el sitio, y el ejército castellano se retiró casi del todo arruinado por la peste: se dió á Alonso el nombre de Justiciero, por la integridad y firmeza con que administraba justicia á grandes y á pequeños: hizo desaparecer los malhechores, refrenó á los grandes. En su tiempo tuvo origen la contri-

bucion conocida con el nombre de alcabala: las cortes de Burgos del año de 1342, concedieron al rey el cinco por ciento sobre todo lo vendible y comestible para la guerra contra los moros, mientras duraba el sitio de Algeciras; mas el tributo se prolongó después, y ha continuado hasta nuestros dias. El carácter de Alfonso se manchó con la incontinencia en que vivió con una señora distinguida: tuvo en ella varios hijos, entre otros á Henrique, conde de Trastamara, que fué famoso en el reinado siguiente, y al fin ocupó el trono.

Sucedió á Alfonso, su hijo Pedro, que tuvo el sobrenombre de El Cruel: se pinta á este príncipe con los colores mas negros, lleno de lujuria y avaricia, y sobre todo de sangrienta crueldad: su tiranía fué insupportable para España: comenzó su reinado mandando matar á Leonor de Guzman que habia sido querida de su padre: muchos nobles cayeron víctimas de su furor: conténen á muerte á su primo y á uno de sus hermanos: aprisionó á su esposa Blanca de Borbon, y después la envenenó para entregarse sin embargo á la incontinencia en que vivia con Maria de Padilla. Es célebre entre otros actos de este rey, el siguiente: los moros de Granada vivian en continuos disturbios, y Mahomed ocupaba el trono, cuando una invasion de Pedro le puso en la necesidad de reconocerse vasallo de este rey: se le dió un salvo conducto para ir á Sevilla á firmar el tratado y dar homenaje á Pedro. Fué recibido en la corte perfectamente; pero Pedro á poco le redujo á prision, y después le hizo conducir montado en un asno y á los demas que le acompañaban, á un campo vecino, donde á todos les hizo dar muerte, y mandó la cabeza de Mahomed al gefe moro su rival, que la recibió con alegría, y en el acto se apoderó de Granada.

Enrique, conde de Trastamara, deseando vengar á su familia y temiendo por sí propio, tomó las armas contra el rey; pero habiéndose desgraciado su intento, huyó á Francia, donde halló al pueblo entusiasmado contra Pedro por la muerte de la princesa Blanca. Encontró favorable acogida en el monarca frances, que tambien deseaba vengar la muerte de Blanca, y pidió y obtuvo licencia para alistarse y llevar á Castilla las compañías llamadas de malandrines. Hallábase estas compuestas de gente sin moralidad alguna, que habian servido á los ingleses bajo las órdenes del Príncipe Negro, ó Eduardo, príncipe de Gales, y cuando se hizo la paz, estas bandas eran una calamidad para la Francia: así es, que el resentimiento de familia, el buen gobierno interior y la política, todo contribuyó á que el monarca frances concediese gustoso el permiso de sacarlos del reino para hacer la guerra á Pedro de Castilla: Dugues-

clin, el mas famoso de los generales franceses, se encargó de negociar con los gefes de estas compañías, y al fin las alistó estipulando, que se obtendria la absolucion del pontífice por los escosos pasados, y que se les pagaria cierto sueldo y se les concederian otras ventajas.

Duguesclin le condujo inmediatamente á Arvion, donde estaba el papa, y allí pidió á éste con la espada en la mano la absolucion para sus soldados, que todos estaban escomulgados, y 200.000 libras para la guerra. Se concedió provisivamente la primera; mas presentándose dificultades para la segunda pretension, el general manifestó con la mejor buena fé, que sus soldados acaso hubieran prescindido de la absolucion; pero que era absolutamente imposible hacer la guerra sin dinero: el pontífice se vió obligado á pagar aquella suma, y se asegura que Duguesclin no permitió que se tomase del pueblo, y que salió del tesoro particular del papa y los cardenales.

Un ejército de soldados valientes y experimentados, conducido por tan hábil general, triunfó del rey D. Pedro, que se vió obligado á huir y buscar asilo en diferentes puntos, en los cuales fué perseguido, y al fin se acogió á Guena, donde impetró la proteccion de Eduardo, el Príncipe Negro: éste levantó un ejército y emprendió restaurar al monarca destronado. La primera pérdida de Enrique fué por la interposicion del príncipe de Gales, fué que las compañías de malandrines, no queriendo combatir contra éste, abandonaron al conde de Trastamara, y se alistaron bajo la bandera de Eduardo. Enrique, amado de sus vasallos, y protegido por el rey de Aragon, pudo poner en campaña un ejército de 70.000 hombres, número muy superior al de sus enemigos. Duguesclin y sus mejores generales le aconsejaban prolongar la guerra, y evitar una batalla general, en que tenían la superioridad de la disciplina y pericia del príncipe inglés. Mas Enrique, confiado en su número, se aventuró á dar una batalla, y una completa derrota le demostró el acierto del consejo que se le daba. Duguesclin y otros muchos gefes quedaron prisioneros, y á duras penas pudo escapar el imprudente conde de Trastamara. Pedro, restaurado al trono, solo contuvo su sed de sangre y venganza en los principios, por la mediacion de Eduardo; pero luego que éste se ausentó, hizo matar, ó cuando menos desterrar y confiscar los bienes, á todos los que habian tenido alguna relacion con el gobierno intruso, y aun á los que sospechaba adictos á él, que en el odio general que Pedro inspiraba, se encontraron ser en poco número.

Lo peor para su seguridad fué, no haber cumplido al Príncipe Negro y á sus tropas, las recom-

piensas que en su conflicto les había ofrecido, lo que hizo que le abandonasen a su suerte: el rey de Francia había rescatado a Duguesclin: el odio de los pueblos se había aumentado, y pronto volvieron Enrique y el gefe francés a invadir á Castilla. Pedro, no teniendo el apoyo del Príncipe Negro, fué derrotado en las cercanías de Toledo, y se refugió en un castillo, donde fué sitiado. Procurando escapar, fué sorprendido y conducido á la tienda de su hermano; otros dicen que fué llamado á ella con traición; mas sea de esto lo que fuere, es indudable que Enrique le mató, acaso porque Pedro, aunque desarmado, se precipitó sobre él como quiere algunos. Entonces Enrique, á quien el papa había dispensado la ilegítimidad, ocupó el trono.

Se reputa como feliz el reinado de este príncipe, y contribuyen acaso á ello las desgracias del anterior: deseando atraer á su partido á los grandes, se mostró liberal con todos. Como su instalación en el trono no se fundaba en muy buen derecho, tuvo que luchar con diversos competidores protegidos por diferentes monarcas: contentó á los unos por medio de las negociaciones, y subyugó ó rechazó á los otros con las armas. Asegurado en el trono, se dedicó á perfeccionar la legislación y todos los ramos de administración pública: reinó diez años, y al morir dió excelentes consejos á su hijo y sucesor el infante D. Juan.

Este dió socorro á los franceses en sus guerras con la Inglaterra, por lo que resentida ésta, quiso en venganza sostener las pretensiones del duque de Alenestre á la corona de Castilla: había casado el duque con una hija de D. Pedro el Cruel, y en esto fundaba su pretension; le favoreció el rey de Portugal, y desembarcó en Lisboa un ejército inglés: entre tanto el rey D. Juan derrotó en el mar la escuadra inglesa, con lo que privó de nuevos socorros al duque: después hizo la guerra felizmente contra los aliados con Portugal, casándose con la heredera de dicho reino. También hizo la paz con el duque, casando á una hija de éste con su propio hijo el heredero de la corona de Castilla. Muerto el rey de Portugal, pretendió el de Castilla tomar posesion de aquella corona á nombre de su esposa: pero esta campaña fué desgraciada: los castellanos fueron rechazados, y otro monarca nombrado en Aragon, en lugar de la reina de Castilla. El rey Juan también contribuyó mucho al arreglo de la administración pública, y murió á los once años de reinado, de un golpe de un caballo.

Le sucedió su hijo Enrique, de menor edad, y llamado por sus enfermedades el Doliente: antes de cumplir los catorce años hizo declara-

rar su mayoría, y fué su primer cuidado reparar el mal estado de la hacienda, no con nuevas contribuciones, sino con su frugalidad y recobrando de los grandes, lo que estos habían usurpado en los reinados anteriores: al llegar un día la hora de comer, sus mayordomos le dijeron no tenían comida, ni dinero, ni crédito: "tomad mi capa, replicó el rey, y empeñadla." Se verificó así, y estando comiendo, uno de los cortesanos dijo, que mientras él comia tan medianamente, los grandes comian como reyes; y que aquella misma noche daba una gran cena el arzobispo de Toledo: el rey, disfrazado, se mezcló entre los criados de los grandes, y corrió con ellos á la casa del arzobispo, y vió ser verdad cuanto se le había dicho: al día siguiente reunió en una sala de su palacio á todos los convidados, incluso el mismo arzobispo, y cuando estuvieron todos juntos, entró el rey armado y con la espada desenvainada y dirigiéndose al arzobispo le preguntó:—¿Cuántos reyes había concido en España?—Yes, respondió el prelado: al abuelo de V. M., á vuestro padre, y á vos.—Pues yo, replicó el rey, con ser tan mozo he conocido á veinte, y no debiendo haber mas que uno, ya es tiempo de que lo sea yo solo: entonces les hizo prender, y no les dió libertad, hasta haberles despojado de todo lo que habían adquirido injustamente. La debilidad de su cuerpo se aumentaba cada día, y solo reinó diez años: decia que temia menos las armas de sus enemigos que las maldiciones de sus vasallos. Mas en ellos hizo varias guerras felices, entre otras contra los piratas, á quienes llegó á esterminar: dejó por sucesor á su hijo Juan II, cuando aun no cumplia dos años, y por regentes del reino á su hermano el infante D. Fernando y á la reina viuda; aunque no faltaron desavenencias entre los regentes, fué sin embargo, esta minoridad de las mas felices: los grandes ofrecieron la corona al regente Fernando, pero él la rehusó: les reprendió su deslealtad y les eshortó á ser fieles á su rey, añadiendo: "Como yo mismo espero daros ejemplo toda mi vida." Después fué nombrado rey de Aragon, y de Sicilia y Cerdeña, y casó á su hijo con el rey de Castilla.

Cuando D. Juan II llegó á la mayor edad, se mostró absolutamente desaplicado á los negocios é incapaz de reinar: entregado á la poesía y á la historia, hacia malos versos, y entregaba el gobierno en manos de sus favoritos, que sacaban provecho para sí en perjuicio del monarca y del reino: prisionero de las facciones que prevalecían alternativamente, fué rey 43 años y no reinó una sola hora. En este reinado fué la catástrofe de D. Alvaro de Luna. Era este un gefe valiente y feliz, que había conducido muchas veces las tropas castellanas á la

victoria: su padre creció á la sombra de sus propios laureles y de la debilidad del rey: dió zelos á los nobles y á las personas de la misma familia real, y aunque alguna vez caido en desgracia, las turbulencias civiles le volvieron á levantar: no usó con moderacion de su fortuna, y en su orgullo, hizo matar en su misma casa á uno de sus enemigos que tambien era poderoso: sus enemigos se aprovecharon de este crimen, y obtuvieron del rey que se pusiese en juicio y se condenase á muerte á D. Alvaro: y este murie en un cadalso. Era condestable y gran maestro de Santiago, y su cuerpo quedó por algunos dias espuesto á la espectacion pública.

Sucedióle Enrique IV, llamado el Impotente, por cuyo motivo se disolvió un primer matrimonio que había contraído: eso no obstante, contrajo un segundo, y la reina dió á luz una hija, que generalmente se creyó no ser del rey: la corrupcion dominaba en la corte: toda especie de disoluciones, robos, y aun homicidios, eran tolerados, y muchas veces mandados por el monarca: las facciones se fomentaron, conviniendo en un solo punto su desprecio y su odio al rey: reuniéronse los descontentos en Avila, y allí prepararon una escena completamente nueva: levantaron un magnifico tablado en un espacioso campo frente á las murallas: allí colocaron la estatua de Enrique en un trono, y á presencia de una gran multitud de gente se leyó un proceso que le habían formado al rey: al concluir la lectura del primer cargo, el arzobispo de Toledo se adelantó y quitó la corona de la cabeza de la estatua: al concluir el segundo, el conde de Placencia le despojó de la espada de la justicia que tenia ceñida: al leer el tercero, el conde de Benavente le arrancó el cetro que tenia en la mano: cuando se leyó la sentencia, D. Diego Lopez Zúñiga dió un golpe á la estatua que precipitó del trono: en lugar del príncipe depuesto proclamaron rey á Alfonso, hermano de Enrique, de solos doce años de edad. Siguió una guerra civil, y Alfonso murió á los dos años: entonces proclamaron á Isabel, hermana tambien del rey; pero esta rehusó la corona, y recordó á los malcontentos la fidelidad que debían á Enrique.

Este, sea profundado del manejo de su hermana, sea compelido por las fuerzas de los sublevados, terminó la guerra civil, declarando heredera suya á Isabel, con perjuicio de su hija Juana: el matrimonio de la primera se convirtió en un punto importante, y entre varios pretendientes fué preferido D. Fernando, heredero de Aragon: como esto no se había hecho enteramente al gusto de Enrique, desheredó á su hermana, y para dar apoyo á Juana, la casó con el príncipe de Portugal.

Á la muerte del rey se formaron dos faccio-

nes, la una mas poderosa en favor de Isabel, y la otra mas débil en favor de Juana: el marido de ésta, rey ya de Portugal, se hizo declarar rey de Leon y de Castilla, y sostuvo su derecho con las armas; pero fué vencido, y Juana se vió obligada á hacer á Isabel una cesion de sus derechos, quedando ésta reina de Leon y de Castilla.

ELLA.

¡HABEIS conocido á una criatura angelical, cuyo rostro brillante y puro como el de los serafines, se halla grabado en nuestro corazon? Es la mitad de vuestro ser, la alma de vuestra existencia, el sol de vuestra noche, la mañana de rosa y oro de vuestra vida, el placer de vuestro corazon. ¡Ah Dios mio! es ella con sus mejillas de púrpura, sus labios de rosa, sus ojos relucientes, su cabello de oro, su cuerpo esbelto y aereo, pronto al parecer á remontarse al cielo de donde el Señor la ha enviado. Es ella, la señora de vuestro corazon. En vano vagareis por el mundo; en vano asistireis á los banquetes, á las orgias á los grandes espectáculos; en vano tropezareis con los crugientes vestidos de seda de las damas, y mirareis sus cuellos blancos de cisne, sus ojos voluptuosos, y sus cabellos de ébano, rizados y flotantes; en vano, os digo, os concederán sonrisas de ternura y miradas de amor; ella, ella solo ocupará vuestro corazon; ella sola recordará vuestra memoria; su imagen sola veréis al través de todas las brillantes escenas de la sociedad. Ella, mi dulce bien, mi casta paloma, con su corazon de ángel, ella sola me acompaña en el desierto de la vida. Sin ella, pobre peregrino, errante, sin asilo donde encuentre placer, la vida será para mí como esas eternas noches de las tierras polares, donde apenas una triste claridad resbala entre los bancos de hielo. ¡Ella! todos vosotros, lectores míos, tenéis desde la infancia una imagen en el corazon, que no ha podido borrarse un día en la memoria; que no ha podido perderse un fuego en el pecho, que el mundo no ha tenido poder para apagar; una esperanza, cuya luz se estingue en las puertas del sepulcro.

¡Dichoso aquel que pasa su resistencia junto á la muger que ama! ¡Feliz el que puede reclinar su cabeza agobiada por los pesares en un seno que late de amor y de ternura! mas feliz cuando en los últimos instantes de su vida, una muger recoge su postrer aliento, y recibe el cadáver helado entre sus brazos!

(Escrito para el Museo.)

NI el sol ni la muerte, se pueden mirar fijamente.

TRAGES Y COSTUMBRES NACIONALES.

EL JAROCHO.

(Departamento de Veracruz.)

¿Qué es un jarochó? La costumbre nos ha hecho juzgar, ó llamarles tales, á las gentes del campo que viven así en las orillas de Veracruz, como en la costa; pero escammando las cualidades de ellos, desde luego se advierte que si en el dialecto son semejantes todos, no lo son en las costumbres, y á veces ni en el traje. Los verdaderos jarochos no son inclinados á las labores del campo; es trabajosa y monótona la ocupación del agricultor para una alma ardiente y holgazana, para un espíritu pendenciero y amigo de gloria; por eso es que el verdadero jarochó se dedica mas bien á ganadero, matador de reses ó chalán, y casi nunca por su gusto á marinero ni soldado, aunque tenga inclinación á la guerra y á la mar. Amigos de lucir en el ejercicio del machete, y dotados de una agilidad particular para evitar los golpes del contrario por los escapes del cuerpo, mas que por conocimiento del arte de la esgrima; estos juegos forman su ocupacion favorita en los encuentros que tienen con sus camaradas, resultando no pocas veces, de los ensayos, una oreja ó una mano por el suelo. — ¡Una mano! Este es un desercido perdurable, un borron que jamas se lava entre los guapos, y hasta una cortada en un dedo dada por el contrario, para perder la mejor reputacion. "Murió el crijiiano; pero la mano le quedó limpia!" Esa es la prueba mayor del saber de un jarochó, cuando se habla del que murió combatendo, que es un lance frecuente en el campo, donde las cuestiones son cortas en palabras y pasan al momento á los hechos, porque antes que camisa, el jarochó tiene un machete á la cintura, afilado, listo y cuidado mas que la persona, mas que la dama de sus pensamientos, con la caña sin ramales ni taza, libre la empuñadura, y cuando mas una cadenita de plata se le ve colgando, mas bien por adorno ó lujo, que por utilidad, cuando libran á su destreza y buena vista el cuidarse la mano de los golpes, que le van allí dirigidos casi siempre, mas por lastimarles la reputacion, que por herirse ó desarmarse.

— ¿Qué tal estuvo el fandango, chico Tereso?

— Hubo gente como jumo: echaron albu-

res á montones, y nos atipujaron á judíos. ¡Ah que manitas aquellas, amigo: parece que tenían ojos en los dedos, y estaban liendo como los muchachos de la miga.

— ¿Qué no hubo *diversion*!

— ¡Cómo no! ¡Ave María! *Calro* le dió una llegadita á *Quilimaco*, y como el crijiiano es tan *belitre*, se fué *diendo* junto á la casa, y salieron á la requeja *Alifonso* y *Juan Sacramento*, que se hicieron bola: al último no hubo nada; *Quilimaco* perdió una oreja, y *Alifonso* la punta de las narices. Harto frejco se echaron, amigo; pero el fandango siguió hasta ser de día, como si tal cosa."

Balle en que no haya sangre, ó á lo menos un escándalo, no estuvo bueno, y sale *disgustada* la concurrencia. ¡Pero cómo es posible que deje de haber quimera, cuando se ofrecen tantos motivos de etiqueta! Juego, licores, y versos pícaros que lastiman; mugeres y hombres tan enamorados como celosos. Una jarocha bailando tiene por cortesía que recibir y poner en su cabeza el primer sombrero que le dan en la mano; si otro galán le presenta el suyo, se quita el anterior para dejarse ambos en las manos; pero cuando un galán tiene interes en que su sombrero esté *supiritando*, le da otro de algun amigo, y éste va á la cabeza; en seguida una banda encarnada, regularmente se la cruza por sobre el hombro, y le forma una rosa en el costado; el competidor hace lo mismo: pañuelos y hasta el machete forman los adornos de la beldad que está zapateando; los espectadores forman corrillos y se adhieren al partido que mas les agrada: las mugeres critican, segun el celo ó la envidia que tienen; la música toca rasgando, en señal del contento que causa una competencia que *alegra el fandango*; cantan los músicos sus versos indiferentes, sin objeto, sin poesía originales, como el siguen te:

"Cuando los sabios subieron
Al templo de Saló non,
Estos versos compusieron,
Que cantaron *Sinceron*
Lágrimas que no pudieron."



El Jarochó de las cercanías de Veracruz.

Pero pronto concluye aquella calma, y una voz ronca, aguardientosa, grita junto á la orquesta: "bomba" y en seguida canta:

"De tu voluntad confío,
Pero fiel te he de advertir:
Que si eres la vida mía,
No me des en que sentir.
Si me quieres, alma mía."

Al finar el último verso, sus parciales concluyen el consonante, y al momento se oye un golpe sobre la harpa ó guitarra, dado por el contrario que grita: "letra;" y luego canta arrebatando el último verso:

"Si me quieres, alma mía,
No quieras otro conmigo,
Que si compartes tu amor,
No quiero amor compartido.
Hay en campaña un traidor."

También tiene su bando amigo que repite la última palabra, y así sucesivamente siguen las coplas picantes, hasta concluir con unas en que dice el primero:

"Le dirás á ese tu amante,
A ese mi competidor,
Que si trae hierro y valor,
Que se me pare delante."

Y el otro contesta:

"Que se me pare delante
Ese traidor falso amigo,
Dile, mi vida, al tunante
Que el valor anda conmigo."

La mujer se sienta, por cansancio ó por que termina aquello, como es consiguiente, á mojoncones, para la música, y cada galan va á recoger sus prendas, dando por cada una su gala, que la costumbre fija en un medio; pero que el interés de alhagar á la requerida belleza, hace ostentar el garbo de los adoradores, que magister que cerriles, saben lo que Júpiter logró con lluvia de oro: la dama recibe los agasajos, y sería muy descortés si los rehusara por vergüenza, ó diera preferencia á los de uno, desechando los de otro, aunque lo desprecie en su interior; es de política recibir los memoriales de todos, para proveer despues la plaza al gusto. Los hombres se salen del círculo del baile, y el machete decide la cuestion, y hace mas razonable al que mejor lo maneja, ó mas astucia posee, como en algunas naciones ilustradas tiene mas justicia siempre la que cuenta mas cañones sobre la mar, ó mas batallones sobre la tierra, siendo la astucia la mejor auxiliar. Suele suspenderse la diversion mientras dura el combate, si es cerca; pero generalmente se continúa mirando el lance con indiferencia, como cosa muy comun.

Es de verse un día festivo en una ranchería

cuando la gente se encuentra rodeada de una mesa, con el corazon dando saltos, y los ojos fijos sobre una baraja, mas silenciosa que en misa, mas quieta que dormida, esperando la buena ventura, que para otros es fatal; ó bien cuando gira un vaso de aguardiente con cáscaras de naranja, en torno de un corrillo bullicioso en que alternan los votos y juramentos, los dichos picantes, y las risas al compas de una *petenera* ó de un *butaquito* que rasga en la guitarra un desaforado jayán, que hace gemir las cuerdas de un modo capaz de lastimar los oídos de un ídolo zapoteco, y aparece un hombre montado en su caballo, que á fuerza de estirarle la rienda lo hace brincar y ostentar brios, siendo mas sufrido que el pueblo que yo me sé, y mas pafífico que casado viejo, y sacando su machete traza un círculo en la arena, clavándolo en el centro y dirigiéndose silencioso, pero lleno de orgullo al frente del ventorrillo (*) á pedir un refresco ó un vaso de aguardiente, que toma á medias, arrojando lejos la parte sobrante y dando un golpe con un peso fuerte para pagar, con el cual estremece la débil máquina de aquel que digamos aparador, ó mostrador: todos los circunstantes fijan sus miradas en el forastero, unos por envidia, y otros por admiracion. Aquel machete hincado en la arena, es un cartel de desafío: es el guante arrojado para que lo recoja el mas osado del lugar, el cual con la mayor sangre fría desenrainsu *lata*, y la pone al lado en la propia disposicion, y sigue el juego, y se vacian los vasos, hasta que el forastero se dirige al circo á recoger su arma; entonces se acerca su contrario á tomar la suya; ambos con una gravedad estremada se saludan, con sombrero en mano, mediando aquella enfadosa y porfiada etiqueta de no querer ninguno ser el primero en cubrirse, hasta que lo hacen á la vez. Allí no hay jueces del campo, ni reyes de armas, ni reina de la hermosura, como en los juegos de la edad media, ni dama agraviada (á lo menos en lo ostensible), como en los juicios de Dios de aquellos tiempos. El mas viejo, ó el de mas reputacion entre los jaques, se encarga de partir el sol y hacer el puesto, que es siempre *la primera sangre*: rodean á los gladiadores todos los concurrentes varones, y comienza la escaramuza tirándose machetazos feroces y poniéndolos ó escapando el cuerpo, hasta que uno de los dos contendientes sale herido, sea lere ó gravemente, porque no pocas veces sucede que la primera sangre salga del esófago, ó del tronco del antebrazo, porque la muñeca yaza en el suelo con

(*) En castellano ventorrillo ó ventorro, significa venta pequeña ó mala; en la costa es una cantina portati donde se espnde aguardiente, zambumbia (que es pita fermentada con especias, y endulzada con ploncillo), y algunas veces plátano, queso y pan.

machete y todo. En tal caso el agresor *bate talones* si está á pié, ó *mete piernas* si logra coger el caballo, á ponerse en salvo de las pesquisas judiciales que hacen los jueces de paz, aunque sea por pura fórmula, ó en realidad, y desde luego queda marcado por el pariente ó amigo íntimo del difunto si lo hubo, para vengar su sangre; mas si el caso fué leve, allí concluye, y entre aplausos y parabienes van los dos héroes al ventonillo á tomar aguardiente y convidar á los espectadores, que comentan ocho días seguidos el lance.

Afortunadamente va perdiéndose ya esta costumbre de lidiar por mera vanidad, y raro caso hay de estos, á lo menos en las cercanías de Veracruz; ojalá y se desterrara tambien la de hacerse justicia cada cual por su mano; habría menos crímenes entre esta gente bárbara.

Esas costumbres feroces, ese dialecto particular, acurrado, con sus términos técnicos en jarocho, y una mezcla de palabras las mas burdas y las mas finas del idioma de Castilla, aplicadas de una manera particular, para cuya inteligencia es preciso la costumbre de oír las, ya que no puede haber un vocabulario apropiado; ese vestido único que no se parece al comun de los indigenas, ni al de la gente del campo en lo interior: ese horror á los cadáveres, ese espíritu pendenciero y baladron, ese temor á servir en milicia arreglada, aunque haya afición á la guerra como guerrilleros, esa independencia y afecto á los montes y lugares abiertos, aunque no huyen del trato y la sociedad, revelan que los jarochos pertenecen á una raza diferente de la general en la república. Robustos, bien formados, con barba poblada y de un color claro, generalmente parecen descendientes de gitanos, que conservan un remedo de las costumbres de aquellos (aunque no su industria ni su sagacidad) mezcladas con las del campesino de Andalucía, de quienes se les observan algunos usos, y cuyo traje parodian.

El andante (caballo) es el amigo íntimo del jarocho, es el objeto que mas estima despues del machete, y cuya adquisicion procura con mas ahínco: hecho de él lo cuida y adiestra á su modo, lo hace estrellero á fuerza de querer que recoja el largo pascuezo de la raza comun en tierra caliente, y de obligarlos á dar saltos con las manos, que denotan que el animal es *arredor* (brioso), y *paregero* (corredor). La silla del jarocho tampoco es como la de nuestra gente del campo: pesada, largas las corazas, recargadas de adorno, con estribos sin tapas, es mas molesta que elegante: no usan de la reata para lazar las reses, sino de un peal (tira bruta de pellejo de res secada al sol, y suavizada con sebo); que suele medir hasta catorce brazas, ni la arroja al ganado con el tino y ligereza que el

vaquero del interior, sino ayudado del caballo, á cuya cola está unido un extremo del peal, y con el otro forman una gaza particular, y arrojado no muy lejos, liga la res, que al tirar se halla sujeta, y la sostiene el caballo con la cola. Botas vaqueras y espuelas, son muebles de que no se vale el jarocho: la pierna sin defensa y el pié sin zapato, metido solo el dedo gordo en el estribo, y el cuerpo inclinado á un lado descansando un muslo en la silla, y no la horcajadura. Para vaquear en el monte usa unas calzoneras cerradas y anchas de gamuza (botas huastecas) que le libran de los espinos, del pinillo y garrapata, y de las mordidas de las culebras. Los días de fiesta y paseo, suele añadir á la silla una anquera, sin duda mas que por lujo, para encubrir los defectos de su caballo, que la verdad, no es la raza que monta el jarocho la mas lucida de la república.

Sobrio en sus comidas, aunque no abstemio, aseado en su persona y ropa, cortés y comedido con los blancos (que así llaman á la gente decente); galante con las mugeres de su clase, sin aspirar á mas altura; grave en su semblante, franco en su trato, bullicioso con sus iguales, amigo de bailes, místicas, romances y versos, de que tiene provision abundante en su memoria; aficionado al juego de naipes; poco trabajador; enemigo del robo; amante de su pais ó de su casa, como los gatos; indolente para adelantar; rutinero y poco industrial: tal es el carácter general del verdadero jarocho; vive arreglado á la máxima de los apóstoles, buscando el pan de cada dia, y nada mas: habitante de un pais féráz, donde sin labrar la tierra, y con solo arrojar á ella la simiente, se cosechan dos y tres veces al año el maiz, y otros artículos de consumo general; donde abunda la caza mayor y menor; donde los rios se hallan provistos de peces, que se cogen con facilidad, vive el jarocho sin mas afanes que los que le causan sus duelos y pendencias, y muere en una de ellas, cubierto de gloria á su modo: su creencia está llena de supersticiones, brujas, encantos, talismanes, duendes, y almas en penas, maravillas y sortilegios: todo es de fe para él. ¡Dichoso si sabe que hay Dios, y cuáles son sus atributos!

Veracruz, Marzo 27 de 1844.—V.

Tres virtudes nos conducen al cumplimiento de nuestros deberes: la prudencia, que permite conocer lo bueno y lo malo: el amor universal que liga á todos los hombres entre sí, y la fortaleza, que nos permite seguir el bien y evitar el mal.

No hay mejor espejo que un amigo sincero.

POESIA SATÍRICA.

*Tilin, tilin,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

Que el bronce truene
Por Yucatan,
Que las escuadras
Surquen el mar,
Que diga el parche
Gloria marcial,
No voy á Tejas,
Soy capitán,
Lo dice el nombre
De... capital.
Me urjen, no quiero,
¡Qué mas me dá!...
Yo tengo á mano
Mi enfermedad.

*Tilin, tilin,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

Yo me pronuncio
Si no me dan,
Que esa es escala,
De general.
Díez procesiones
Me han visto ya,
Tras de los santos.
Bravo marchar;
Y esto es mas bello
Que en otra edad,
Que despachaba
Pimenta y sal.
*Tilin, tilin,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

Si mi casero
Viene á cobrar,
Yo no le pago,
Soy militar.
Se llevó el sueldo,
Maldito el as,
Venga una copa
De catalán!

*Tilin, tilin,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

A mí me viste
Siempre *Cusac*,
Tengo muchachas
De par, en par;
Si me dan citas,
Digo que hay mas,
A siete casas
Bato en detall,
Desde las salas
Hasta el zaguán.
¡Pobres vejete!
¡Pobres mamás!
Linda es la escuela
De un oficial.
Muchas casadas
Son maspan;
Pocos maridos
Son Fierabras,
Y el presupuesto
No sube un real.

*Tilin, tilin,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

Tanto por ciento,
Don celestial,
Fruta tan dulce
Como el panal.
Tú me enseñastes
A improvisar
Una fortuna
Tan colosal.
Venga el recibo,
No hay que llorar,
Al cinco corren
En la ciudad.
—Señor, mis hijos.
—Ni medio mas.
—Tengo treinta años
De trabajar;
—Los cinco.—Aceptó.
¡Que caridad!

*Tilín, tilín,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

¡Qué carretela,
Cuasi imperial!
Los recibillos,
"Quite usted allá,
"Si á mí me deben
"Un gran caudal.
"¿Qué orden de cosas,
"De Satanás!"
Y las haciendas,
Y el tren! y—¡vahl!
Yo soy patriota
Sino me dan;
"Si son serviles
"Soy liberal;
"Me agobia el llanto
"De la orfandad;
"Pero en pagando,
Viva la paz
"Cuando el que manda....
"Manda pagar.

*Tilín, tilín,
Talan, talan;
Que viva, viva
La libertad.*

"Rueda la bola,
"Vienen y van
"Contribuciones,
"Ni que pensar!
"No tengo bienes
"Ni para el pan!—
Préstamo, amigos....
Dimeros hay
Al ocho y medio
Y un poco mas,
Que á este gobierno
Soy yo leal.
Orden á aduana
Si no, no habrá
Dese.—Que viva
Cristo ó Satán:
Guapo gobierno
De hombres sin par.

*Tilín, tilín,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

Me encargo el mundo
Mision de paz;
Yo soy modelo
De cristiandad:

Siete novenas,
Sin descansar,
Rezo en los templos
De la ciudad.
La vista humilde,
Baja la faz,
Tipo y modelo
De la humildad.
Es mi patrono
San Sebastian,
Y el temor santo
Me da soláz.
Si estoy á solas
¡Dios de bondad!
Me regocija
Mi habilidad.

*Tilín, tilín,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

Soy mayordomo,
No quiero mas,
Y tan cristiano
Como fué Anás.
Tengo una niña
Como un coral,
Y de sus brazos
Paso al altar;
Porque al fin vivo....
De comulgar.
Rico es mi coche,
Mi casa.... ¡Ja!
Fieles! los fieles
Son un maná.
Viva, que viva
La cristiandad.
Mucho respeto
Constante holgar.
El gran S. Pedro
Fué muy cabal;
Bajo su influjo
Supé pescar:
Misa, puchero,
Siesta, rezar....
Muchacha hermosa
De caridad,
Y un reino, amigos....
El celestial.

*Tilín, tilín,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

Yo calavera
Quiero cantar,
Que soy un ente

De calidad.
Yo no me cuido
Dónde está el mar,
Ni si en la Rusia
O en Portugal
Se ve el estrecho
De Gibraltar.
¡Guapo La-Forguel!
¡Viva mi sac!
Divino aceite
De macassar.
Eres ligero,
Cuaco alazán;
Rayas tres cuartas
Solo al parar;
Son tus colmillos
De tierna edad.
Para la cola
No hallas igual,
Muerde á las reses
Cual bravo can;
Que se dispara
Que hasta no mas.
¡Cuántos deudores!
¡Qué buen papá!
Reuma maldita
Me hace rabiari:
Muchachas bellas
Sois mi deidad.
Yo tiro un peso,
Vivo jovial.
La patria.—Cuentos,
Tu suerte.—¡Bah!
¡Qué hombre tan loco!
¡Loco de arar!

*Tilín, tilín,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

La esposa aquella
De D. Pascual
Tiene unos cuartos
Por la Piedad.
La llama santa
La capital,
Y allí en el campo....
Tará, lará;
Mientras su niña,
¡Qué atrocidad!
Citas y chismes
Con Pepe, y Juan,
Y en una de esas,
Sin mas ni mas,
Habrá un retoño
De la amistad.

*Tilín, tilín,
Talan, talan;*

*Que viva, viva,
La libertad.*

Chales y teatros,
Lujo sin par,
Solo en alhajas
Tiene un caudal
La vecinilla
De D. Tomás.
Y su marido!
¡Pobre patán!
Sale de casa,
Pues, sin chistar:
Lleva en el alma,
¡Pobre! la paz.
No así se queda
No, su mitad;
Que mucho riñe
Su general,
Que al cabo grita
¡Quién paga el pan!

*Tilín, tilín,
Talan, talan;
Que viva, viva
La libertad.*

¡Pobre marido
Que es oficial,
Si lo protege
Quién puede mas!
Si ella se obstina
No hay caridad,
Orden de marchar
Y á Yucatán.
Padrino ¡cielos!
Si es alacrán,
Siempre revistas
Siempre marchar,
Y guardia y guardia
Sin descansar.

*Tilín, tilín,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.*

No así entre el tono;
No hay paridad,
Bello es el crimen,
Si es en sofá.
En él se peca
De urbanidad,
Muchos afectos,
Risa falaz,
Y entre las sedas
Con suavidad,
La punta oculta
Tiene el puñal.

Besos que trueman
Al saludar
La cutis blanca
De solimán.
Que si se limpian
Con el cambray,
Se hace en el lienzo
Miga de pan.
Pero las almas,
¡Dios de bondad!
Si aman, *tarifa*
Tres al millar.
Son sus *deslices*
De Satanas;
Son sus fallillas
Como alquitran.

Tilin, tilin,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.

Como un esposo
No es ganapan,
Hace prodigios
Con su mitad.
Sola en las calles,
Sola al portal,
¡Pucheró!... Peste
¡Fé conyugal!...
Anacronismo
Del siglo actual,
¡Amor materno!
¡Qué vaciedad!
¡Y las nodrizas
Para qué están?
Zelos!! ¡rejeces!
¡Quién sufre ya
Ni á sus Otelos,
Ni á su puñal!
Riñas—hay copas,
Y hay ademans,
Buenos almuerzos
Que da Frisard.

Tilin, tilin,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.

Y en tanto en duelo

La patria está,
Y en tanto gimes,
Santa moral,
Y á un precipicio
Negro y fatal,
Se arroja ciega
La sociedad....
¡Quieres reformas!

¡Qué charlatan!
Deja ese tono
Tan sepulcral.
Ruede la bola,
¡Qué bueno val!
Que esto se llama,
Prosperidad.....

Tilin, tilin,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.

Todo así anuncia
Delicia y paz,
Francia nos matara
Con su amistad.
La Gran Bretaña
Nos quiere mas,
Nos quiere solos....
Sin un telar.
Amor de hermanos,
Cuánta bondad
¡Amor! La España
Si no es capaz
Pero cuidado,
Que es la mamá
Mucho respeto,
Solo escuchar.
Que si á una vieja,
Se impide hablar,
Es darle un vaso
De solimán.
¡Y los vecinos!
¡Qué vaciedad!
Si nos adoran
Los de ultramar.

Tilin, tilin,
Talan, talan;
Que viva, viva,
La libertad.

El Bibliotecario.

RECUERDOS ANTIGUOS.

ENERO.

1786.—SEGUN las noticias estadísticas del año anterior de 1785, hubo en México 4.971 muertos, siendo el número de nacidos 6.501.

Se acuñaron en la casa de moneda el año anterior, 18.575.708 pesos 7 reales.

9.—Enteraron los MM. RR. PP. mercedarios en la real caja, 18.703 pesos 5 reales, que se colectaron el año anterior para la redención de cautivos.

16.—Entraron á México la primera y segunda division de dragones de España.

LOS MISTERIOS DE MEXICO,

O sean éstasis y visiones del caballero Tristan de Contreras.

LOS PERIODISTAS.

Yo, Tristan de Contreras, natural de la muy noble y leal ciudad del Anáhuac, declaro ante la faz de mis conciudadanos, que todo lo que escribo no es mas que la verdad desnuda, y aunque parezcan muchas cosas inverosímiles, quiero que se me crea, tanto mas que se cree á todo vicho viviente. Se han escrito en estos días, Misterios de Paris, Misterios de Londres, Misterios de Rusia, y segun noticias, el Curioso Parlante está escribiendo los Misterios de Madrid; así pues, ¿por qué en esta tierra de prodigios, en esta república feliz, abundante, y poderosa, no se han de escribir los misterios de México? Yo, Tristan de Contreras, quiero dar á mis amigos el placer de revelarles algunas cosas raras que me han pasado, y á estas revelaciones les llamaré como me dá la gana, aun cuando digan los envidiosos que soy imitador y plagario.

En la carátula de mi obra pienso poner mi retrato; pero entre tanto yo concluyo siquiera cuatro entregas, y el litógrafo stampa en la piedra mis facciones, os diré como soy. Ingerito de india y de español, mi rostro es moreno; víctima de las viruelas, la tez de mi cara parece un panal; acostumbrado á oler desde pequeño, mis narices son escaramante como un rumboidé; habituado á trabajar con la vela, el pelo se me ha encanecido; siendo hombre justificado é integro, ningun barbero se ha atrevido á hacerme la barba, y así es que la tengo erecida y cana: mis ojos cansados de ver tantas y tantas cosas incomprensibles, han disminuido de tamaño y hundido en sus órbitas; de suerte, que allá en lo mas profundo se divisan dos pupilas verdes y opacas: de profesion cesante, he cesado de peinarme y de gastar en pomadas, y mi cabello blanco y erizo forma una tristísima aureola al derredor de mi cráneo. Sin embarco, notareis cuando estén mis facciones ordenadas, en el cuadrilongo de mi fisonomía, algun destello de génio.

Ya que teneis una idea de la amable figura del caballero Tristan de Contreras, comenzará á contaros sus aventuras.

Una mañana que permanecía yo engasta-

do, por decirlo así, en una de las bancas de la alameda, respirando el aire balsámico de los árboles, se acercó un antiguo conocido, y como sabia que soy por demas aficionado á la literatura y á las bellas letras, me dijo:

—¡Qué os parecen, Tristan, los progresos que hacen en México las letras!

—Maravillosos, inauditos.

—Fruto de la independencia y de la libertad.

—Sí, de la libertad, de la libertad.

—¡Y todo ese plantel de jóvenes inteligencias que tanto prometen!

—¡Oh! si es un jardín ese plantel, si parecen unas dabalas esas jóvenes inteligencias.

—¡Y qué fuego!

—¡Como volcanes son todos.

—¡Y qué juicio!

—Como el de los que viven en San Hipólito.

—¡Y qué talento!

—Estupendo.

—¡Mire vd., ese de capote verde y faz melancólica, es escritor.

—¡Deveras!

—Y aquel otro vestido por Cussac, que va cantoneándose muy ufano, tambien es escritor.

—¡Hola!

—Y aquel otro, y el que va allá... y el que viene por aquí... y el que se dirige por la calle de los emarotados, y....

—¡Cuántos!

—¡Oh! todos, todos escriben.

—¡Y qué escriben!

—Historia, costumbres, poesías, dramas, viajes, estudios morales, crónicas, biografías, pensamientos.

—¡Pues qué, piensan!

—Y muy delgado y muy fino; qué agudezas!

—¡Qué dición tan pura y tan francesa!

—¡Qué gracia! mire vd., y tan chiquitos.

—Tambien los hay grandes.

—De todo há de haber en la viña del Señor.

—Pero si vd. quiere ver, continuó mi compañero, cómo se fabrican los periódicos, venga conmigo.

—Púsceme en pie, y seguí á mi compañero; que

me condujo por multitud de callejones estrechos y sucios, que, sea dicho de paso, honran á la buena policia de México, hasta que subimos á una casa, y penetramos un salon estenso, donde la boruca y el habladero eran infernales.—Se celebraba junta de periodistas, y allí estaban chicos con grandes.

—Son unos traidores, decía un chaparrito regordete; enemigos del país, aliados con los tejanos, indignos de pertenecer á México.

—Pero quiénes, quiénes? le interrogaba otro.

—Quiénes!—Los de la oposicion, interrumpió el regordete; pues no ve vd. cómo hablan. . . .

—Pues duro con ellos entónces.

—Sí señor, voy á decirles que son unos traidores.

—Pero y la lógica? preguntaba un viejo de rostro severo.

—Infames, malos mexicanos!

—Pero, y la lógica?

—Vendidos al oro extranjero!

—Pero, y la ideología?

—Canallas, ruines, ambiciosos.

—Pero, y la ideología?

—Malvados, crueles, antropófagos, caribes, tontos, necios!

—Pero, y el buen sentido?

—Enemigos de todo lo bueno y de todo lo santo!

—Qué diablos de discusion es esta? pregunté á mi compañero.

—Qué, no entiende vd.?

—Como si hablaran en chino.

—Pues mire vd., me dijo, el modo de hacer un *Diario del Gobierno*, desde tiempos muy atras, es el siguiente: Se echan en un saquito las sesiones del congreso, los partes de las comandancias generales, algunas tiras de los periódicos de Nueva Orleans y Francia, aunque sean viejos; una que otra hoja de un libro de ciencias ó literatura; se revuelve todo esto bien, y se vacía en seguida en tres caras de papel. Los ingredientes de la cuarta página son algo escriptuosos y es necesario una redoma.

—Cómo así!

—En la tal redoma echa vd. unas cuantas palabras del idioma, como por ejemplo, traidor, malvado, torpe, indigno, feroz, y otras de ese tenor; para dificultar esto, se le echan algunos avisos, y mezclado muy bien se vacía en la cuarta página, y tiene vd. concluido el *Diario*.

—Hombre, este era un misterio para mí!

—Pues sí le dije á vd., que tendría material para escribir los *Misterios de México*; pero calle, atienda vd. á estos otros, pues los del *Diario* habrán recibido algun descabro, y se han retirado á un rincón.

En efecto, vimos entrar tres ó cuatro per-

sonages vestidos con negligencia, de fisonomías severas y catonianas. Cada cual traía ó un rollo de papeles, ó algunos libros en la mano.

Uno de ellos decía con ardor:

—¿De qué se trata? ¿de que nos fusilen? pues adelante.

—¿Cómo adelante! ¡adelante despues de fusilados!

—Sí señor, hablar duro, y no transigir con nadie. La república marcha á su ruina; los gobernantes tienen los ojos cerrados, y es menester no omitir medio de salvar á la patria.

—Pero la moderacion antes que todo, interrumpía otro.

—Moderacion, y vé vd. lo que está sucediendo! ¡Moderacion, y vea vd. lo que dice el *Diario*!

—No hagamos caso, y propongámonos temas generales, como por ejemplo: *Necesidad de la prudencia en un gobernante. Cualidades que debe tener un buen gobernante. Libertad de imprenta. Garantías individuales. Economía en la distribucion de las rentas. Necesidad de la representacion nacional* &c. &c.

Este método nos proporciona la ventaja de estendernos bastante, hacer los editoriales largos, y lograr que se diga mucho en muchas palabras, sin que pueda resultar responsabilidad positiva.

—No señor; ese método no es bueno: andar por el camino, y derecho, y caiga quien cayere: á lo blanco, blanco, y á lo negro, negro.

Nuestra mision es angusta y santa en la tierra, y los pueblos tarde ó temprano han de reconocer nuestro mérito.

—Los pueblos no reconocen nada, amigo mio, respondió un opositor chiquitín, y que tenía un aire de filósofo antiguo. Los pueblos y los carneros son las gentes mas humildes que he conocido en la tierra. Cuando metan á vd. en la cárcel ¡creo vd. que el pueblo ha de levantarse en masa para sacarlo!

—Pues sea lo que se fuere, yo he de hacer la oposicion, y . . .

—Y lo dejan á vd. en la pelaza en la mejor de espadas.

—Oposicion! gritaba el editor fuera de sí.

—Pero, y la prudencia?

—Oposicion, integridad!

—Y si no hay libertad de imprenta?

—El pueblo gime; la oposicion lo salvará.

—Pero hombre, si . . .

—La oposicion es una arma terrible.

—Pero la neutraliza el . . .

—El espíritu del siglo es la oposicion.

—En México . . .

—En Francia los ministerios . . .

—Se va vd. á perder.

—La oposicion! gritaba frenético el editor,

y arrastrando á sus compañeros al otro extremo opuesto de la sala, se pusieron á revolver libros y periódicos.

El costal en que se condimentan los materiales de este periódico es muy grande, y por mas que se echa, nunca se llena; así es, que el editor suele verse en grandes apuros.

—Y los ingredientes! le pregunté.

—Los ingredientes son sesiones del congreso, partes de ataques de indios bárbaros, memorias de los ministros, inmensas tiras de periódicos españoles; traducciones de periódicos ingleses y franceses: una multitud de comunicados: novelas y libros enteros para la parte de variedades, y una que otra vez un articullito indigesto y mal zureado sobre las funciones teatrales.

Mezclado todo esto, resultan tres caras del *Siglo XIX*. Para la cuarta se hace una pocion, unas veces soporífica, otras irritante, y otras astringente, que no se compone simplemente de adjectivos, como la del *Diario*, sino de períodos ó elocuciones, como por ejemplo, *amor á la patria, deseo del bien público, amor al orden, rectitud de conciencia, deberes sociales, humildade esfera, desde el fondo de nuestra oscuridad* &c. &c.

Mezclado esto con algunas notecitas sueltas de los que van, de los que vienen, de los que se mueren, de los que entran ó salen á los ministerios, y de una dosis abundante de avisos, resulta la cuarta página del *Siglo*, que con verdad, estiendo algunas veces el pié mas de lo que alcanza la sábana.

—Apenas se habian retirado estos, cuando llegaron multitud de jóvenes barbilampiños, aunque habia uno que otro de patilla polaca . . .

—Y estos, y estos quiénes son? pregunté.

—Pues no le enseñé á vd. á varios de ellos en la alameda? son periodistas literarios.

—Sí señor, y será mucho mejor nuestro periódico, repetían á gritos: aquí está el prólogo en que se ofrecen publicar articulos de cuantos conocimientos literarios y científicos hay en la tierra; es decir, desde las simples nociones de geografía, hasta los misterios mas recónditos de la química; desde la humilde poesía pastoral, hasta el poema mas acabado; desde el mas insignificante cuento, hasta la mas interesante crónica.

—Nuestro deseo es ilustrar al público.

—Instruirlo.

—Delicitarlo.

—Complacerlo.

—Moralizarlo.

—Pero vamos: ¡vd. de qué escribe!

—Yo, de higiene.

—Yo, de ciencias naturales.

—Yo, poesía.

—Yo, novelas.

—Yo, historia.

—Yo, crónicas de México.

—Yo, costumbres.

—Yo, sátiras contra esos charlatanes del Museo; contra esos ignorantes: bueno, aprobado, ¿que viva!

Todos palmotearon.

—Escribiremos de manera que les duela.

—Sí, que les duela, y próbándoles . . .

—Que su Museo es un baratillo.

—Cabal.

—Y como le hemos de poner á nuestro periódico!

—Un nombre reumbante, como por ejemplo: el *Belerofonte matemático*.

—Asno, asno, dijeron todos, ese nombre no está bueno.

—¿Pues cuál?

—Un nombre chino.

—No, árabe.

—No, indo.

—No, asiático.

—No, europeo.

—Eso es, griego, que es lo mismo.

—El *Cerámico*.

—No, el *Partenon*.

—No, el *Liceo*.

—Cabal, el Liceo, ¡que viva el Liceo!

Todos palmotearon y se dirigieron á otro rincón de la pieza.

Incontinenti se presentaron dos barbilampiños y entablaron su diálogo:

—Allí están, allí están.

—Quiénes, hombre?

—La falange del Liceo.

—¿Jesu!

—Y qué hacemos ahora?

—Escribir.

—Y qué?

—Todo, todo cuanto hay.

—De ciencias también?

—También.

—Pero si no entendemos . . .

—Mientras menos se entiende un artículo de ciencias, mejor parece.

—¿Qué audacia!

—Lo mismo son todos los periodistas.

—Es verdad: D. José Gomez de la Cortina debía colocar entre sus sinónimos de la lengua castellana: charlatan, mentiroso, periodista.

—Y en cuanto á literatura ¿qué hacemos?

—Versos.

—¡Malos!

—No le hace, y novelas también malas, y estudios morales, y viages de todo, y pronto, mas que sea malo.

—Con que, en resumidas cuentas, ¿no te intimidan los del Liceo?

—Ni cuidado me dan.

—¿Y seguimos?

—Adelante, y por la senda de la gloria. Si hemos de llegar al templo de la inmortalidad, que sea en júbilo.

—¿Con que ¡sigue el Museo?

—Sigue el tercer tomo.

—Y el cuarto también.

—¿Y continuamos el quinto?

—Mientras dure la cabeza y la audacia, dos cosas esenciales para escribir en México.

—Cabal, que siga el Museo.

—¿Qué viva! A trabajar.

El par de temerarios literatos se retiró entre unos estantes de libros.

A poco fué entrando el impresor y el editor del Ateneo. Uno de ellos de esatísimo paletcan Laforque, cabello rizado y agradable, y pálida fisonomía: parecía sudoroso y agobiado con el peso de unos mugrosos torremos.

—¿Y qué tenemos para nuestro número? dijo el impresor.

—Alegatos, alegatos, ¿qué más quiere vd. cosa muy curiosa, y con lo cual llenamos mucho, que es lo que tiene de mejor; porque como vd. bien ve, la aristocracia del talento está reunida en el Ateneo, y nos dejan caer los artículos cuando en cuando, como una de esas orgullosas verdades concede á sus amantes una que otra mirada.

—¿Y no le ponemos lámina?

—Una que otra vez.

—¿Y el precio?

—Caro, muy caro. El Liceo y el Museo nada tienen de extraño, pues son malos, pero baratos. Este periódico es aristocrático; así, que les cueste.

—Así, á compilar, á ordenar, á....

—A recoger materiales, exclamó el editor, y acabaremos con el tomo como Dios fuere servido.

Casi al mismo tiempo vimos el rostro barbado del Correo frances, con un alto de novelas para insertarlas íntegras en su folletín, y pensando el medio de conciliar los deberes franceses con la residencia entre las tribus mexicanas.

La Hesperia no, esa no, con sus antiparras caídas y su sombrero hasta las cejas, manifestaba despejo y seguridad en su propia conciencia. Con cuatro máximas redactadas á lo Torero, un cúmulo de noticias de España, y tres ó cuatro sentencias contra las comedias y los actores, salía de su cuidado.

La Guirnalda trepada en una silla, estaba procurando alcanzar los retratos de los arzobispos de México, dizque para competir con la célebre galería de vireyes, que tenían allí dispuestas los del Liceo.....

El silencio era profundo: la estancia estaba iluminada débilmente por los rayos del sol poniente, y aquellos grupos de escritores que trabajaban mirándose con desprecio unos á otros, y permanecían casi sumergidos entre los libros, imponían miedo y pavor. De repente ó una voz áspera que decía en lengua estrangera:

Le peu d'esprit que le bon homme avait
L'esprit d'autrui pas complement servait.
Il compilait, compilait.

—¿Me quiere vd. explicar, le dije á mi compañero, lo que quieren decir esas palabras misteriosas?

—Hombre, están en verso; pero en humilde prosa es como si dijéramos: "Como el pobre hombre tenía muy poco talento, se valía del talento ajeno para suplir el suyo, y compilaba, compilaba"...

Cuando estas palabras resonaban en mi oído, los del Diario, los del Liceo, los del Museo, los del Siglo, y todos los demás periódicos, exclamaron á una voz: *valemos mucho por mas que digan*.

Una carcajada estalló. Era el picaro de Iriarte que asomaba su cabeza por un estante.

Fr. Luis de Leon, que estaba junto á Iriarte, exclamó con tono sentencioso y profundo cuando acabó de oír recitar un verso á un colaborador del Museo:

—"Vanidad de vanidades, este es el mundo;" y luego con tono dulce comenzó á decir:

¿Qué descansada vida, &c.

No había acabado Fr. Luis su hermosa oda, cuando fué interrumpido por el P. Cavo, que mohino daba de puñadas sobre la mesa.

—Es una infamia, señores míos, que hayan puesto su nombre debajo de las que vdes. llaman biografías de vireyes.

—¿Por qué preguntaron alarmados.

—Porque todo lo que vdes. dicen, está escrito por mí, y publicado por D. Carlos Bustamante, que ahí está vivo y no me deja mentir.

—Mr. Cavo, eso es falso, exclamó uno. Vea vd. una biografía ó narración donde se dice, que la capital de Nuevo-León está en Monterey de California.

—Bien, bien; esta esatitud geográfica, y cometida por un literato mexicano, me tranquiliza un poco: continúen reformando así mis Tres Siglos, y quedarán perfectamente.

—¿Pero qué hubiera vd. hecho, dijo Goete, si le hubieran escamoteadocomo á mí un apólogo, aquel de las uras de San Pedro?

—Eso pasee al cabo vd. escribió en alemán, que es lengua de perros.

—Sí; pero me han traducido al francés, lengua en que disparatan los escritores de la república, pues el castellano va cayendo en desuso.

—Testigo es de esto, exclamó D. Antonio

Capmani, cierto conde alemán y Emerich, que se fué á hacer sus primeras armas al emporio de los guerreros cristianos.

—Creo que había muchas fraguas en ese emporio, dijo Goete, y ese Emerich era armero.

—No es este mi retrato, exclamó una voz de esterior.

—Ni el mío.

—Ni el mío.

—Pues señores, vdes. dispensen, decían muy apurados los del Museo al P. Hidalgo, á Iturbide, y á Terán.

—Y además, tampoco nuestras biografías están buenas, continuaron. Son vdes. unos embusteros.

—Sí, señor.

—Y ligeros.

—Sí, señor.

—Y charlanos.

—Sí, señores; pero si nos dijeron....

—Mas valia que plagiaran vdes., como lo hacen sus compañeros, dijo Hidalgo, que no que inventaran novelas que las dan por ciertas.

—Tienen razon estos pobres héroes, dijo el viejo Voltaire, que con su levita llena de geroglíficos, y su baston en la mano, salió de un empolvado escarapate, y luego mirando á los del Liceo, á los del Museo, y á los del Diario, dijo: *He aquí cómo se escribe la historia*.

—No hay que hacer caso, ni á ese viejo, ni á la otra antigüalla de Cavo. Sigamos....

—Pero á mí sí, dijo Figaro.

—Y á mí también, interrumpió Mesonero. —Vamos, señores, ¿qué tienen vdes. de común con nosotros? preguntaron los liceistas.

—Nada, nada en efecto; que nosotros pintamos, y vdes. ensucian.

—Sí; pero nosotros hemos sido ya imitadores; los que comenzaron en México fueron los del Museo.

—Tan animales como vdes., dijo Figaro.

—Sí, señores, es verdad, es verdad; pero nos enmendaremos de aquí á treinta años.....

—Y vdes., señores escritores del gobierno, dijo Jovellanos y Beccaria, ¿por qué no escriben conforme á su conciencia?

—Uno de los escritores se acercó á Jovellanos, y le dijo muy quieto. —Mi cocinera les dará razon.

—¿A que adivino lo que ven vdes.? continuó Beccaria dirigiéndose á los de la oposicion, en sus sueños de ventura.

—¿Sí! ¿qué vemos! ¿qué vemos!

—Un asiento en el senado, una silla en el ministerio; acaso la presidencia.

—¿Malicioso! ¡picaron! dijo el opositor, dando una suave palmadita en el hombro del publicista.

—Oiga vd., Sr. D. Beccaria, dijo Moratin, que

con su rostro arrugado y severo había permanecido en el silencio, ¿qué parecen á vd. todos estos escritores?

—Hombre, vd. como es tan severote.

—Soy justo, y nada mas.

—Pues diga vd. su opinion.

—Oigala vd.: los escritores que escriben á los gobiernos, cada uno ha muy solo que lo haga por conviccion.

Los de la oposicion, calculan: uno que otro, está guiado de amor al país.

Los indiferentes, como Correo, Hesperia é Imparcial, escriben por especulacion.

Los que escriben literatura son frívolos, sin instruccion, henchidos de vanidad y de orgullo: cada uno se cree un Tácito ó un Ciceron, y sus cosas no son mas que pobres imitaciones de la literatura francesa. Uno que otro que podia descollar, se ahogará en el fango de la politica, ó corromperá su gusto, y no será nada.

No quisé continuar oyendo al vejete de Moratin, porque la verdad se me rebaban las tripas de oírlo hablar así en contra de los ingenios de nuestro país; así es que me retiré resuelto á escribir todo lo que me había pasado.

DIOS.

MAGNÍFICO y poderoso está sentado en lo mas alto del cielo, sobre un trono de oro, y la tierra rueda bajo de sus pies.

Con la mano toca las estremidades del océano.

Su cólera hace estremecer hasta los cimientos de las montañas, porque ellas no pueden soportar su enojo.

Está en todas partes, aunque el cielo sea su mansion, y el quien ordena todas las cosas de la tierra.

Dios es el principio, el medio, y el fin de todas las cosas.

El mortal no debería ni aun atreverse á nombrar á su Criador.

Solo de pensar en él, mi cuerpo se estremece, porque desde lo alto del cielo, es quien dirige todo aquí en la tierra.

(Fragmento atribuido á Orfeo.)

Dos leyes son bastantes para arreglar la república cristiana, dice Pascal: el amor de Dios y el del prójimo; y Victor Hugo añade que el fundamento de todas las buenas constituciones políticas es el evangelio.

Si los ricos conocieran todo el placer que se experimenta en hacer el bien á los desgraciados, sin duda alguna que abandonarían toda clase de diversion, y se dedicarían solamente á aliviar á sus semejantes.

BIOGRAFIA.

JUAN GUILLERMO DE WINTER.

De Winter entró en la marina á la edad de doce años, y como tenia una verdadera vocación, se hizo notable por un zelo y una actividad extraordinarias. Habia llegado á la graduación de teniente de navio, cuando estalló en 1789 la revolución de Holanda. Abrazó con entusiasmo el partido patriótico; pero habiendo triunfado los contrarios, se vió precisado á buscar un asilo en Francia. La revolución estaba entonces en toda su fuerza, y como De Winter opinaba por ella, pidió y obtuvo un grado en el ejército de tierra. Hizo como oficial superior las campañas de 1792 y 1793, bajo las órdenes de Dumouriez y de Pichegru, y habiendo tenido ocasiones de manifestar su valor, fué nombrado general de brigada.

Cuando en 1795, los ejércitos de la república bajo las órdenes de Pichegru invadieron la Holanda, de Winter aprovechó esta ocasión para volver á entrar en su patria. Los Estados generales le ofrecieron el grado de vice-almirante, y el mando de la armada naval reunida en Texel. De Winter aceptó.

Después de haber sido bloqueado largo tiempo por fuerzas superiores, consiguió al fin burlar su vigilancia, y se hizo á la vela el 7 de Octubre de 1797, teniendo á sus órdenes veinte y nueve buques de guerra, de los cuales diez y seis eran navios de línea.

El 11 por la mañana tuvo conocimiento de esto la escuadra inglesa, compuesta de veinte navios, quince fragatas, y otras embarcaciones menores. A pesar de la superioridad de estas fuerzas, De Winter no vaciló en atacarlas. El combate se comprometió, y duró tres horas, peleándose por ambas partes con un encarnizamiento igual: los holandeses hicieron prodigios de valor. La *Libertad*, de 74 cañones, en que se hallaba Winter, tuvo que combatir contra tres navios á un tiempo; pero habiendo perdido sus tres palos, y mas de la mitad de la tripulación, tuvo necesidad de arriar su pabellon, y rendirse al almirante inglés.

El resultado de esta acción para la marina holandesa, fué la pérdida de nueve navios echados á pique, seiscientos hombres muertos, y ochocientos heridos. La escuadra inglesa no fué menos maltratada: varios navios fueron destruidos, y como seiscientos hombres muertos ó heridos. El almirante holandés, al dar cuenta de estos sucesos á los Estados generales sfa-

dia que esta jornada era la mas desgraciada de su vida.

Winter fué recibido en Inglaterra con todas las consideraciones debidas al valor, y á la desgracia, y sus compatriotas lamentando el resultado de esta acción, tributaron al mismo tiempo justos homenajes á los talentos, y sobre todo, el valor del almirante.

Habiendo sido algunos meses después cangado, el almirante regresó á su patria, y el consejo de guerra reunido para juzgarlo por la acción expresada, declaró unánimemente que habia sostenido gloriosamente el honor del pabellon.

En el mes de Julio de 1798, Winter fué nombrado ministro plenipotenciario de la corte batava, cerca del gobierno francés. Desempeñó estas funciones hasta 1802, época en que fué llamado á Holanda á tomar la dirección de las fuerzas navales.

Habiendo dado la Regencia de Trípoli algunos motivos de disgusto á la república Bátava, fué encargado Winter de dirigirse al Mediterráneo con una escuadra. Recorrió durante algunos meses las costas de Berbería, atacó y echó á pique todos los corsarios que encontró, y después de haber terminado las diferencias que existían entre la Holanda y la Regencia, celebró con ella un tratado que, como se sabe, no era mas que una tregua.

Elevado al trono de Holanda Luis Bonaparte, dispensó toda su confianza á Winter. Lo hizo ministro de guerra de tierra y mar. Cuando Napoleon reunió este reino al imperio, no lo trató con menos consideraciones, pues lo nombró oficial de la legión de honor, é inspector general de las costas del mar del Norte.

En el mes de Julio de 1811, el emperador confió á Winter el mando en jefe de las fuerzas navales reunidas en Texel; pero á poco una enfermedad grave, consecuencia de sus fatigas, lo obligó á dejar la escuadra para venir á Paris, donde murió el 2 de Junio de 1812. Winter era muy pobre, y el emperador ordenó que sus funerales fuesen hechos de cuenta del tesoro público, y en efecto se celebraron con mucha pompa. Su cuerpo fué sepultado en el panteón, con el ceremonial que se acostumbraba hacer á todas las grandes dignidades del imperio.

(Traicido para el Museo.)

COPIA DE UNA CARTA

Escrita por un religioso grave conventual de la ciudad de Mexico á un caballero de la Puebla de los Angeles íntimo amigo suyo, en que le cuenta el ramullo sucedido en dicha ciudad el día 8 de Junio de este año.

(1692.)

A mi Sr. mío: Mándame vd. en la suya de 12 del corriente, que en fe de la amistad que profesamos, y como desinteresado, le informe por menor de lo acaecido en esta corte de Mexico el día 8 del mes pasado, para salir de las dudas, y por ciertas que por diferentes personas ya interesadas ó ya poco afectas á la verdad; ó lo que al vulgo se le antoja, han escrito en esa ciudad; y aunque á mi genio retirado repugna el andar averiguando estas materias, con todo, es tanto lo que estimado á vd., que no me puedo negar á satisfacerle, ciñéndome á la verdad, y siguiendo las opiniones de los sujetos que se hallaron presentes y de mayor graduación, que es la forma de no adular á nadie, porque mis años y retiro no me lo permiten, ni yo lo hiciera.

Es notorio á todo el reino la falta del trigo, que se ha padecido en él desde el año pasado que por el mes de Septiembre hubo algun alboroto por el pan, estando el Sr. virey en Ntra. Sra. de los Remedios asistiendo á la señora vireína su muger, en unas novenas que habia ofrecido, para que su Divina Magestad le concediera salud, y la quitara el achaque tan penoso que padece de echar sangre por la boca: llegó esta noticia á S. E., y dejándolo todo, pasó aquel mismo día á México, y dió tan felices providencias, que desde entonces sobró el pan en la plaza; y todos los lugares aplaudieron su amor y buen gobierno en la república. Como se ha continuado y visto con experiencia su católico zelo, pues las operaciones que ha intentado las ha conseguido todas con gran felicidad: digalo el Guarrico, descubrimiento de las Tejas y su población; envío de situados á los presidios, estando tan exhausta la hacienda, sino corros á Campeche, dineros á Cumaná, no siendo de los presidios de su cargo, sino movido de las instancias de su gobernador que le escribió que si no le socorria, se perdía sin remedio aquella provincia: que movido S. E. de su gran zelo, envió cuarenta mil pesos, pagas prontas en los presidios de este reino, despoblacion

de la Laguna de Términos por dos veces, fabrica del muelle, castillo de San Juan de Ulúa hasta su perfeccion, armada de barlovento, y otras infinitas providencias, que á costa de su salud, mucho trabajo y desvelo, ha conseguido en el discurso de su gobierno, que por tan sabidas y notorias, no canso á vd. con su repetición; pero le prevengo, que no le parezca me salgo del motivo de su pregunta, por no ser de ella al parecer nada de lo dicho, pues no es sino muy del caso, respecto de tener por digno decirlos, cuando hallándonos con un príncipe tan benigno por virey, como lo es el Sr. conde de Galves, son tantos nuestros pecados, que no ha bastado su santidad y zelo para que la justicia de Dios no nos castigue, como lo estamos experimentando. Y volviendo al asunto, digo, que en medio de las providencias grandes que el Sr. virey dió, para que no faltase el pan en abundancia, no pudo remediar el que dejase de valer caro, pues habiéndose perdido totalmente toda la cosecha pasada, motivado, segun dicen los astrólogos, de los efectos que causó el eclipse de sol que hubo el día 23 de Agosto del año pasado, á las nueve de la mañana, que como vd. sabe nos quedamos á oscuras, con este motivo, las personas que se mantenían con pan, se redujeron á hacerlo con tortillas de maiz, que es mantenimiento general, así de indios, como de toda la gente comun y del trabajo. Con este acrecentamiento de gasto en el maiz, escasea á subir de precio, por decir los labradores (costumbre vieja en ellos) que la cosecha vendida estaria perdida por falta de agua, y lo hizo desde 2 pesos 2½ reales que traía la carga, hasta 6 y 7 pesos. Reconociendo el Sr. virey que de esta carestia poco acostumbrada en este reino por la abundancia de mantenimientos hasta este año, no podia resultar cosa buena, hallándose la provincia mexicana con tan excesivo gasto de maiz y falta de trigo, á que se añadió, que por fines que yo no alcanzo ni me son licitos discurrir, tenían los Sres. arzobispos y obispos del reino escumolgado el trigo que llama blanquillo, y en España candeal, y tambien